

EL SENTIDO DE LA CORRECCIÓN DE ERRORES EN LOS GRAMÁTICOS LATINOS

JOSÉ ALFONSO BLANCO QUINTELA
MÓNICA MARTÍNEZ GARCÍA

1. INTRODUCCIÓN

Jean Collart¹ ha defendido al existencia de una «gramática de los errores» del idioma latino, motivada por un presunto gusto que los romanos tendrían por la casuística y los *rara*. Tal fenómeno se manifiesta en textos (desde los primeros testimonios de la literatura romana hasta los gramáticos del siglo IV-V d.C.) que muestran palabras dudosas en su pronunciación o su forma escrita (sobre todo esto último, cosa que el propio Collart no precisa)². En su empeño, el estudioso francés trata de igual manera datos a veces muy separados en el tiempo: entre Catón el Censor –el primer autor que Collart cita– hasta Isidoro de Sevilla –el último en la secuencia temporal que el profesor francés ha escogido– median diez siglos. En ellos no existían la imprenta ni los medios de comunicación de masas, elementos que han contribuido a la fijación de un determinado estado de lengua en los idiomas actuales, y hacen difíciles los cambios; ello unido a que el número de personas que sabían leer y escribir era muy pequeño en relación con el conjunto de la población. Así, los patronos de la «norma» fueron los autores literarios³, los cuales divergían unos de otros en la expresión (léxico, morfología, ortografía, sintaxis).

Este problema fue abordado de diferentes maneras en el curso de esos ocho siglos, y eso es lo que nos proponemos exponer someramente, a través de un *corpus* de textos comprendido entre los primeros testimonios susceptibles de hacer referencia al tema y Casiodoro.

¹ «Ne dite pas... mais dites... (quelques remarques sur la grammaire des fautes chez les latins)», *Revue des études latines* 50, 1972, pp. 232-246.

² Sabido es que la norma del latín se estableció muy paulatinamente, con el paso del tiempo y la progresiva separación lengua hablada-literaria.

³ Los *boni poetae que multum possunt in hoc* (VARRÓN, *L. L.* 9, 11). No se puede olvidar que la obra de Livio Andrónico (tanto la dramática como la *Odussia*) se debió a un encargo de las autoridades, y pasó a formar parte del «plan de estudios». Lo mismo sucederá con Ennio, la base fundamental de la educación de los romanos hasta Virgilio.

2. EL LATÍN DE LOS TEXTOS Y LOS INICIOS DE LA REFLEXIÓN LINGÜÍSTICA EN ROMA

El idioma al que se refieren los autores que trataremos es *la variedad hablada y escrita*⁴ por un estrato social medio-alto perteneciente al entorno de los *Vrbs*. Esto se puede ver en Marouzeau⁵ y Díaz y Díaz⁶; para el primero, la situación del latín antes de la hegemonía romana sobre Italia era parecida a la de un saco en el que iban entrando elementos de las hablas vecinas (la *pe-regrinitas* mencionada por Cicerón en *Ad fam.* IX, 15). Más tarde, con los *poetae* en la base de la educación (siempre en la clase patricia) y la introducción del gusto por lo refinado (*lato sensu*), empieza a formarse ese latín «exquisito», el latín que llamaremos «urbano», impulsado por los Escipiones (s. II a.C.)⁷.

Collart cree que la gramática no fue en un principio una entidad autónoma de estudio, sino *un terrain ouvert à tous et où chaque discipline spécialise puisait pour ses besoins propres*⁸. Nosotros creemos que las especulaciones lingüísticas son hijas de las filosóficas, y lo vemos en los pensadores griegos: Platón las inicia en su *Cratilo*, y los estoicos dirigieron la lucubración filosófica al campo concreto del lenguaje. El escaso número de adeptos que estos estudios tenían en la *Vrbs* creció con la helenización propiciada por los Escipiones. Pero los romanos, fieles a su espíritu, les dieron un sentido práctico, al igual que a las enseñanzas de los filólogos alejandrinos (iniciadores de la famosa disputa entre analogía y anomalía), pioneros en el terreno de la crítica textual. Beck⁹ lo resume magistralmente: *Quantum differebant (sc. Romani) a Graecis, apud quos primum philosophi linguam tractabant, deinde grammatici hoc opus suscipiebant, quo usui vitae haec studia adaptarent*. Ahora bien, el sentido de esa orientación práctica irá cambiando con el tiempo sobre todo a partir del s. I d.C.

3. HASTA VARRÓN

Seguiremos en las citas la compilación de H. Funaioli, citada en adelante *GRF*¹⁰.

El primer ejemplo que queremos traer a colación son dos fragmentos de Catón el Censor que el propio Collart presenta en el artículo citado:

1. *aliud est properare, aliud festinare. qui unum quid mature transigit, is pro-perat; qui multa simul incipit neque perficit, is festinat* (*GRF*, fr. 10, p. 12).

⁴ Sobre todo en los autores tardíos es más pertinente considerar la variedad escrita.

⁵ *Quelques aspects de la formation du latin littéraire*, esp. pp. 7-28, Paris, 1949.

⁶ «*Latinitas*. Sobre la evolución de su concepto», *Emerita* 19, 1951, pp. 35-51.

⁷ Por tanto, la cautela debe guiar el análisis de indicios de un posible registro coloquial del latín.

⁸ *O. c.*, p. 237: filosofía, crítica textual u oratoria atenderían al hecho lingüístico según sus fines.

⁹ *C. Plinii Secundi Librorum dubii sermonis VIII reliquiae. Colegit et illustravit J. W. Beck. Lipsiae. In aedibus B. G. Teubneri. MDCCCXCIV*, p. IX.

¹⁰ *Grammaticae Romanae fragmenta*, Stuttgart, 1969.

2. *tu, inquam, si uerum suppressis, falsarius agnosceris; si falsa confingis, mendax esse uideris* (GRF, fr. 14, p. 13).

Collart intenta demostrar que ya desde un principio existía en los romanos afición hacia el género –cultivado extensamente siglos después– de las *differentiae uerborum*, que él incluye en su concepto de «gramática de los errores». Sin embargo, es poco probable que Catón se dedicase en medio de una invectiva (el segundo ejemplo es con seguridad resto de un discurso) a demorarse en disquisiciones lingüísticas: la realidad es que estamos privados del contexto de estas palabras de Catón, y su inclusión dentro de una compilación de textos «gramaticales» se debe al género de las obras que nos las han transmitido: el primer fragmento lo conocemos a través de las *Noches Aticas* (16, 14, 1) de Aulo Gelio, entre otros, y el segundo por medio de las *Differentiae uerborum* (220) de Isidoro de Sevilla. Una y otra obra sí se interesan por la reflexión gramatical (en el caso de la de Gelio, junto a otros temas). Sin duda esto ha motivado que se le atribuya a Catón –y a algunos otros, como veremos más adelante– una preocupación por los problemas lingüísticos que probablemente no tenía, al menos en la medida que se le otorga.

Por ejemplo, Nonio nos conserva el fragmento de la tragedia *Los Mirmidones* del dramaturgo L. Accio (AGR, fr. 16, pp. 28-29: *opone pertinacia a peruicacia*), donde Collart ve otra *differentia*. Pero atendiendo a la colocación de las palabras en el verso y a las noticias que nos han llegado sobre el dominio de la lengua que, según parece, tenía Accio, creemos que se trata de un artificio estilístico.

Si tomamos a Lucilio –en palabras de L. Bieler¹¹, *el primer poeta romano que pertenece a la sociedad*–, observamos el mismo fenómeno. Por los fragmentos que conservamos y por sus intenciones¹², tuvo parte importante, junto con Ennio, en los comienzos de la fijación de una norma para el latín urbano (pronunciación, léxico y sintaxis): su inspiración era ese refinamiento al que hemos aludido. Este es el sentido que tienen fragmentos como el que distingue entre *cupiditas* y *cupido* (GRF, fr. 30, pp. 43-44), el que prefiere la forma escrita *pertisum* frente a *pertaesum* (GRF, fr. 33, p. 44)¹³, o el que establece las normas de empleo para *intro*, *intus*, *apud* y *ad* (GRF, fr. 39, p. 46). Pero conocemos estas precisiones gracias a Nonio, Feto, Carisio, Cledonio, etc., que han mediatizado su interpretación.

Lo mismo ocurre con el que fue maestro de Varrón L. Elio Estilón, a quien Cicerón elogia sobremanera en *Brutus*, 205. Es Festo quien nos aporta casi todo lo escaso que de él conocemos; a través de ello se puede adivinar que fundamentaba la norma sobre una base más teórica, apelando a la etimología y

¹¹ *Historia de la literatura romana*, Madrid, 1971 (reimp. 1987), p. 113.

¹² Llamó a sus sátiras *sermones*, i.e., «conversaciones».

¹³ Éste es particularmente interesante, pues documenta que la apofonía toma ya carta de naturaleza en la *urbanitas*. Por tanto, el criterio para la formación de este latín «culto» no es el del recurso a lo antiguo, sino el resultado de un cierto consenso entre usuarios de la lengua pertenecientes a unos determinados círculos sociales.

proponiendo normas de escritura, en las que parece que aplicaba el criterio de la facilidad de comprensión¹⁴.

De igual manera la figura de P. Nigidio Fígulo no puede ser interpretada si entendemos mal a Aulo Gelio, que es quien nos da la mayoría de noticias que de él tenemos. Matemático y astrónomo (cf. Lucano, 1, 649 ss.), gustaba de las glosas y etimologías, pero desde esta perspectiva: desde Platón, la etimología era uno de los medios reconocidos para intentar acceder a la verdad de las cosas; los que creían que la lengua era *φύσις* consideraban que a cada elemento, fuese o no un ser vivo, su nombre le correspondía por naturaleza (cf. *GRF*, fr. 14, p. 166). Así, creemos que Nigidio realiza un estudio etimológico de dos palabras de significado cercano, sin establecer una *differentia* en el sentido en que lo hacen los cultivadores de ese género desde el s. II d.C.

4. HASTA EL S. I D.C.

Quintiliano nos dice sobre M. T. Varrón que era *plus... scientiae collaturus quam eloquentiae* (10, 1, 95). Y como bien dice R. Pichon¹⁵, *son mérite est de romaniser l'érudition... il n'y a presque pas un de ses ouvrages qui n'ait une utilité directe...* Collart reconoce que *le cas de Varron peut être traité à part*¹⁶, pero aduce en favor de su tesis que el libro V del *De lingua latina* comienza con una *differentia* entre *pertinacia* y *perseuerantia* (5,2). Discrepamos. Varrón emplea estas dos palabras, de significado cercano, pero distinto, para ilustrar cómo se trabaja con la etimología, labor que él concibe en clave pragmática, según vemos a continuación: la explicación de las palabras que *aliud nunc ostendunt, aliud ante significabant* (5,3), ya que *uetustas pauca non deprauat* (5,5); el tiempo (5,6) provoca en las *litterae* las famosas *demptio, additio, traiectio* y *commutatio* (*ibidem*), conceptos de origen netamente filosófico-especulativo¹⁷. Los términos los encontraremos en Quintiliano y los gramáticos del s. II d.C. y ss., pero no los conceptos primitivos: en ellos son una guía de composición del buen latín de acuerdo con los cánones. El objeto de Varrón es la lengua que él maneja; no la coloquial, sino la que habían ido formando Ennio, Lucilio y otros, así como la muy anterior a ellos: (*sc. uerbum*) *quod ante Rex Latinus finxisset* (5,9). Así, creemos que el afán

¹⁴ Cf. *GRF*, fr. 53, p. 71 (aunque es dudoso) o *GRF* fr. 49^a, p. 70, p.ej.

¹⁵ *Histoire de la littérature latine*, Paris, 1919, p. 165.

¹⁶ *O. c.*, p. 238, nota 1.

¹⁷ W. AX [«QUADRIPERTITTA RATIO: Bemerkungen zur Geschichte eines aktuellen Kategoriensystems (Adiectio - Detractio - Transmutatio - Immutatio)»], en D. J. TAYLOR (ed.), *The History of Linguistics in the Classical Period*, p. 17-40, Amsterdam/Philadelphia, 1987) demuestra que esta *quadrupertita ratio* remonta a la filosofía peripatética (no a la estoica, como se creía), aunque no descarta que Platón y los sofistas conociesen ya el sistema. Después, Quintiliano aparece como el primero que en Roma las aplica a la labor del *grammaticus* –subsidiaria de la del *rhetor*– (*uid. infra*, p. 10); el griego Cecilio de Caleacte (cf. K. BARWICK, *Q. Remmius Palaemon und die römische Ars grammatica*, Leipzig, 1922) habría llevado este sistema al dominio de la Retórica, y constituiría la base del desarrollo de los tropos y figuras.

central de esta obra no es prescriptivo; los gramáticos posteriores, a partir del s. II d.C., tomaron estas reflexiones para sus fines, ahora sí, prescriptivos¹⁸.

Por el contrario, en el «*De sermone latino*» *agebatur enim de uerborum recta appellatione ac scriptura, de sonis, de numeris, de uirtutibus* (GRF, p. 199). Díaz y Díaz¹⁹ está de acuerdo con Dahlmann en que en esa obra de Varrón *das Zentrum des Interesses die Umgangssprache ist*²⁰. Esa *Umgangssprache* no puede ser otra que la que concibieron autores como Lucilio: el ideal de habla familiar de la gente culta, la que tenía acceso a la educación de mejor calidad. Por lo tanto, no se puede decir tampoco que esta obra de Varrón fuese un listado de elementos curiosos y rarezas. Es más, aparenta ser un jalón importante en la fijación de una norma para el latín (latín urbano «culto», recordemos). Lo mismo se puede deducir de los otros títulos de que Funaioli nos da noticia, tales como los *Epistolicarum quaestionum libri* (GRF, fr. 226, p. 261) o los *Epistularum libri* (si es que constituyeron un estudio diferenciado del anterior; GRF, fr. 229, p. 263): debieron formar parte también de ese «programa de normativización» de la lengua latina: la composición de cartas era un ejercicio escolar, como en el siglo siguiente lo serán las *controuersiae* y las *suasoriae*.

Pero la inflexión está próxima. La visión del hecho lingüístico que tiene Cicerón será la que triunfe: el sistema educativo y la producción literaria adoptará los principios retóricos que él había estudiado con gran esmero²¹. Por razones de brevedad, remitimos a P. Morillon²² para una penetrante visión de las ideas de Cicerón en torno a la lengua, y a los párrafos 152-164 del *Orator*. Sin embargo, quedémonos con el criterio que Cicerón emplea para rechazar unas formas y autorizar otras: *uoluptati autem aurium morigerari debet oratio* (Or., 159). Hemos dado un paso más: los preceptos retóricos (rectores de la *oratio*, no de la *lingua*) empiezan a ser decisivos.

Antes de pasar a la época de Augusto, querríamos llamar la atención sobre la perspectiva con la que frecuentemente se abordan estos problemas, en la línea de lo que hemos advertido sobre los fragmentos de Catón y los demás autores citados anteriores a Varrón: Mario Victorino nos dice de Gn. Pompeyo Magno que le gustaba escribir *kadamitas* en lugar de *calamitas* (GRF, p. 439), y de M. Junio Bruto, que escribía *simus* en lugar de *sumus* (*ib.*). Aunque la noticia es valiosa, nadie pensará que Pompeyo o Bruto fuesen gramáticos. Hay que atenerse al contexto de la noticia: *erit itaque in principio dicendum quem ad modum antiqui scripserint, dehinc quid nunc debeamus ob-*

¹⁸ Por ejemplo, la disquisición sobre los diferentes significados de tres verbos: *agere, facere* y *gerere* (L. L. 6, 77). Es conocido el respeto de los escritores romanos por la obra de sus antecesores, fenómeno que se acentuará después de que Quintiliano establezca el canon de autores.

¹⁹ O. c., p. 44.

²⁰ Dahlmann, RE, Sp. VI 1216, 2.

²¹ Desde Quintiliano, fue autoridad incontestable: Cledonio (s. V d.C.) aduce un pasaje de las *Verrinas* para apoyar el género neutro en los nombres de las letras (GRF, fr. 1^a, p. 419), p. ej.

²² «Cicerón et les écoles grammaticales de son temps», en J. COLLART (ed.), *Varron. Grammaire antique et stylistique latine*, Paris, 1978, pp. 253-262.

seruare (GLK²³ VI, p. 7). Por lo tanto, creemos que debe prestarse mucha atención al título que el compilador quiso darle a su obra: *Grammaticae Romanae fragmenta*, y no *Grammaticorum Romanorum fragmenta*. Es este el error básico en que han caído a veces Collart y otros al tratar este tema.

Es conocido el papel que jugó Octavio Augusto en el impulso de la literatura, siempre que fuese en provecho de su régimen. La base de esa literatura fue la lengua literaria formada en Roma a partir de ese ideal de habla culta al que hemos aludido. Ese ideal debía hallarse, a estas alturas, en un grado importante de formalización²⁴; y está a punto de producirse el giro decisivo que hemos visto apuntar en Cicerón. A propósito de esta cuestión viene el testimonio de Verrio Flaco, difícil de evaluar (igual que el de Plinio el Joven, que veremos después), precisamente por la época de cambio que abordamos (años finales del s. I a.C. y primeras décadas de nuestra era).

Sabemos que Verrio Flaco escribió tres tratados al menos: *De significatione uerborum* (del que Festo nos conserva un *abrégé* incompleto), *De orthographia* y *De priscis uerbis Catonis*. En el título, tono y contenido de los fragmentos que Funaioli nos presenta²⁵, apreciamos un parecido enorme con los tratadistas del s. II d.C.: un título como *De significatione uerborum* o *De priscis uerbis Catonis* evoca un diccionario para ejercicios escolares. Ahora bien, no sabemos si Verrio Flaco tenía un planteamiento teórico o se limitó a agrupar un elenco de palabras concretas que ofrecían dudas y eran errores frecuentes en los ejercicios. La misma prudencia cabe aplicar a los testimonios que nos presentan el famoso género de las *differentiae* aparentemente ya constituido (GFR, frs. 23 y 26, pp. 519 y 520, p.ej.). Sí es seguro que a partir de ahora el modelo del «buen latín» será decididamente, y ya para siempre, libresco, como demuestran las *Controuersiae* y *Suasoriae* de Séneca el Rétor, o las costumbres de emplear los teatros para declamaciones de obras de los maestros, como Virgilio, en lugar de para festivales dramáticos.

No hemos visto hasta aquí indicios reales de una «gramática de los errores» enraizada en el gusto de los romanos por las «rarezas», sino mojonos del largo camino de la formación de un *sermo urbanus* utilizado por una clase culta. Éste será la base de la producción literaria romana. Conforme esta última se vaya elaborando y se convierta en modelo para la imitación en las escuelas, el objeto de la normativa ya no será tanto el *sermo*, del que se separa «espontáneamente», sino la misma lengua literaria que resulta de la *imitatio* de esos modelos; ya no se acude a los maestros de la literatura griega, si-

²³ Abreviatura corriente para la obra de H. KEIL, *Grammatici Latini*, Hildesheim, 1961.

²⁴ COLLART (*o. c.*, p. 236) postula que los autores latinos recurren a curiosidades gramaticales *pour l'ornement, pour le pittoresque de leurs écrits*, y cita un artículo de Marouzeau titulado «Virgile linguiste» (en *Mélanges de philologie, de littérature et d'histoire anciennes offerts à Alfred Ernout*, pp. 259-265, Paris, 1940). Pero ahí *linguiste* alude al concienzudo trabajo etimológico que el mantuano realizaba a la hora de escoger cada palabra, cosa nada extraña dada la profunda formación filosófica del autor de la *Eneida*: conocer el origen de la palabra es, como hemos dicho, conocer las *causae rerum*. Así, no podemos ver como simples *ornements* los detalles que Marouzeau nos ofrece sobre esta preocupación de Virgilio.

²⁵ La mayoría, *incertae sedis*; atribuye ocho de ellos al *De orthographia* (GRF, p. 515).

no a los de la propia: Virgilio, Horacio, Cicerón y otros pasan a los «programas». A esto hay que añadir, en los años inmediatos, la famosa decadencia de la oratoria: los discursos son ficticios, meros ejercicios escolares que alambican el lenguaje. Se va formando un latín «literaturizado», o «retorizado».

La influencia que esto tiene sobre la reflexión lingüística romana no es desdeñable: ahora la misión fundamental del *grammaticus* será la de efectuar comentarios explicativos (*enarratio*) de los grandes *auctores*, antes una de las varias labores en las que se ocupaba: se sitúa entre el *litterator* (que enseña los rudimentos de las *litterae*) y el *rehtor* (que enseña los modos de persuadir con la palabra hablada). De ahí la proliferación en los siglos sucesivos de tratados de *orthographia*, dedicados a explicar las formas correctas de las palabras respecto a los *auctores*: tales tratados son, en muchos casos, resultado de correcciones de ejercicios escolares.

5. EL S. I. D.C.

En el límite de esta evolución se sitúa la obra de Plinio el Viejo *De dubio sermone*, que nos ha llegado en penoso estado: ni un solo fragmento por tradición directa; los que tenemos por tradición indirecta son de atribución muy dudosa a veces, como Beck reconoce²⁶. Como en el examen de los datos de la recopilación de Funaioli, la cautela se impone: nuestra fuente son gramáticos posteriores; los datos que nos aportan están pasados por su tamiz, y así, nos falta el contexto para poder decidir con seguridad lo que es original de Plinio y lo que no. Sin embargo, creemos que se puede llegar a alguna conclusión, aunque no definitiva.

El propio Plinio dice que los filósofos arremetieron contra su obra²⁷. Según Beck²⁸, la obra tuvo bastante éxito en los siglos siguientes: gran cantidad de autores lo citan, de primera o segunda mano, o lo reconocen. ¿Significa esto que Plinio en su obra era un «normativista militante»? Algunos fragmentos, como los conservados en Carisio 83, 3 (*iter iteris* mejor que *iter itineris*) o 120, 4 (*aestifer* mejor que *aestiferus*) permiten aventurar que Plinio acudió a las teorías de la corriente analogista para afirmar esa norma (una vez más, aplicación práctica).

Pero, por otra parte, maneja el concepto de los *uitia* en expresión, en especial el barbarismo y el solecismo. Estaban ya en la *Rhetorica ad Herennium* (datada entre el 90 y el 80 del s. I a.C.). Pero esta última obra, como reza su título, es un tratado de Retórica donde se habla de la *elegantia* que Cicerón quiso ganar para el latín²⁹. Así, se podría sugerir que Plinio sigue ya al de Arpino y no a los representantes de la línea más antigua. Quizá por ello los filósofos denostaban este tratado: mezclaba, al parecer, criterios que en su día

²⁶ *O. c.*, p. XIX.

²⁷ *H. N.*, 28. Fue publicado al inicio del reinado de Nerón, según su sobrino (*Ep.*, III, 5).

²⁸ *O. c.*, pp. XX-XXII.

²⁹ Sobre el papel, el *grammaticus* se ocupaba de cuestiones tipo *dicam, non dicebo*, mientras el *rhetor* atendía a las del tipo *saeculum, non saeclum*. Pero el límite entre ambos terrenos es muy lábil ya desde estos momentos.

habían sido meramente especulativos (los de la analogía) con elementos que pertenecían ya a la Retórica. No sería rara en Plinio esta mixtura, a la vista del contenido y estructuración de su *Historia Natural*, una mezcla de ingredientes de lo más variado.

Quede claro que esto es pura hipótesis, pues es muy difícil llegar a desenmarañar el contenido y el significado de una obra que conocemos tan mal. F. Cavazza³⁰ la sitúa en un contexto en el que todavía la norma se resistía a quedar fijada, cuando *forse... il problema di una canonizzazione del sermo latinus fosse ancora aperto ai suoi tempi*; sin embargo, como la mayor parte del trabajo ya estaba hecho echaba mano de un *ovvio moderato analogismo temperato dall'uso, tipico, direi, delle grammatiche normative (ib.)*. Cabría añadir que el hecho mismo del establecimiento de una norma presupone la adopción de criterios analogistas.

No sería tampoco Plinio uno de esos *gourmands de mots inhabituels* de los que habla Collart (*ib.*). Quizá podría ser un notario que nos testimonia el inicio de la lento pero progresiva equivalencia entre los conceptos de *sermo latinus* y *latinitas* que el profesor Díaz y Díaz³¹ ha apuntado.

El predominio del nuevo enfoque aparece claramente en M. Fabio Quintiliano. Al respecto de los *uitia uirtutesque orationis* (1, 5), encontramos la *quadripertita ratio*; la misma que Varrón presenta en su *De lingua latina (uid. supra, p. 5, n. 17)*. Pero Quintiliano no la aplica al análisis de los cambios de las palabras, sino a la reprensión de *uerba uitiosa*. Sin embargo, se ve obligado a perdonar los *uitia* que encuentra en los *poetae*³²: es una visión «literaturizada» del hecho lingüístico. Los mismos criterios aplica al tratar el tema de la ortografía o *recte scribendi scientiam* (1, 7): deja el tema en manos de los *grammatici* (1, 7, 30-32) sabiendo que tomarían como patrón para las normas que estableciesen a los *auctores* que comentaban, igual que él había hecho respecto a los *uitia uirtutesque*. Además, considera la formación que proporciona el *grammaticus* como meramente preparatoria para la que imparte el rétor, y en absoluto como un fin en sí misma, negando toda pertinencia a los estudios especulativos (1, 4, 17-18; 23-26; sobre todo 1, 7, 33-35)³³.

Triunfa para el resto de la antigüedad la línea heredada (y modificada) de la escuela de Pérgamo: ésta ponía el acento sobre la utilización retórica del lenguaje –actitud heredada a su vez de los sofistas griegos–, por encima de las tendencias derivadas de la escuela de Alejandría, de carácter básicamente «enarrativo». Y esto, a costa de intentos sintetizadores como el de Varrón, quien quiso adaptar para los romanos la visión estoica, que atendía más a una

³⁰ «Gellio grammatico e i suoi rapporti con l'ars grammatica romana», en D. J. TAYLOR (ed.), *o. c.*, pp. 85-105; p. 88 aquí.

³¹ *O. c.*, p. 42.

³² Quintiliano enumera a continuación varios casos de palabras *uitiosa* en los *ueteres* (1, 5, 11-33), desde el punto de la normativa de su tiempo, o la que él aplicaba, que era la que se encontraba en los textos de Cicerón: *sed quem potius ego quam M. Tullium sequar?* (1, 5, 44).

³³ Pasaje éste especialmente significativo, pues a las *auctoritates* (Cicerón, César, Mesala) les «perdona» haberse dedicado a tales cuestiones, como si estuviesen muy por encima de ellas.

combinación de la ecdótica y exegética alejandrina con el preciosismo de Pér-gamo, basado en la *imitatio*.

Aunque Quintiliano es poco concreto en torno a la «gramática de los errores» (de hecho Collart no lo cita más que en una nota al pie de la p. 235, *o. c.*), hemos considerado que por su papel configurador del «plan de estudios» de la escuela romana merecía que nos detuviésemos en los capítulos que tocan más de cerca el tema que nos ocupa³⁴. Sobre todo, nos ha parecido interesante como marco introductorio al examen de los testimonios que pasamos ya a analizar.

6. HASTA EL CRISTIANISMO

En Aulo Gelio sí podríamos encontrar un *gourmand de mots inhabituels*, pero también de muchas más cosas: las *Noches Aticas* son un conjunto de curiosidades de filólogo, historiador, crítico; en definitiva, de anticuario, la reflexión gramatical no aparece en él «en estado puro»; lo más relacionado con ella son las múltiples *differentiae uerborum* que nos presenta (cf. Cavazza)³⁵. La mayoría se enmarca en discusiones eruditas (11, 15, 5; 3, 18), glosas de términos técnicos fuera de uso (10, 20), o precisiones de crítica textual (12, 10). Eso sí, toma lo antiguo como referencia para corregir usos «corruptos» de la lengua de su tiempo, apoyándose en aquellos *qui integre autem locuti sunt* (1, 22, 3), i. e., Varrón, Cicerón, Julio Paulo, Virgilio, Salustio, Asinio Polión o Plauto. Gelio es consecuente con el ambiente de su época, en la que el tradicional respeto romano por la autoridad de los *ueteres* estaba especialmente vivo.

Cavazza ha intentado aislar una *doctrina Gelliana* sobre los problemas de la lengua: *Gellio non è quel dilettante di grammatica (mentre probabilmente lo era in altre artes)*³⁶. Pero, si no era un diletante y estaba comprometido con una *costante razionalità*³⁷, ¿por qué no organizó de alguna manera la exposición de los contenidos de sus obras?; lo cierto es que en Gelio se pueden hallar muestras de *dilettantismo*. Pej., en 10, 11, 9: al final de una discusión sobre la palabra *mature* aprovecha una palabra de una cita para sugerir una pequeña cuestión al margen³⁸.

Por tanto, hemos tenido que avanzar mucho en el tiempo para encontrar la primera huella inequívoca del ejercicio de la corrección de errores tal como lo entiende Collart. Pero cabe recordar que el propio Gelio se distingue en su obra de los gramáticos de su tiempo, como nota R. A. Kaster³⁹: en 17, 2, 15 desprecia las *nova instituta*, las «nuevas convenciones».

³⁴ Cf. BIELER (*o. c.*, pp. 256-257). Sus propósitos fueron conformar todo un programa educativo apoyado en los grandes escritores romanos. A partir de aquí surgirán los cánones, con el tiempo cada vez más rígidos, que marcarán el desarrollo de la latinidad hasta hoy.

³⁵ *O. c.*, p. 94.

³⁶ *O. c.*, p. 99.

³⁷ *O. c.*, p. 97.

³⁸ Se basa en Afranio par apoyar *praecocem* como acusativo de *praecox* (gen. *praecocis*), frente a *praecoquem* basado en un hipotético nominativo *praecoquis*.

³⁹ «Islands in the Stream: The Grammarians of Late Antiquity», en D. J. TAYLOR (ed.), *o. c.*, pp. 149-168.

Porque contemporáneos de Gelio son personajes como Terencio Escauro, Velio Longo (los dos titulan su obra *De orthographia*) y Flavio Caper (*Orthographia*)⁴⁰. Los dos primeros siguen la línea de Quintiliano en la enumeración y definición de los *uitia orationis* (en Escauro son ya *uitia scribendi*), aunque Longo demuestra quizás una mayor preparación⁴¹. Sin embargo, el respeto por la ortografía de los *ueteres* no existe en Escauro cuando actualiza a Accio (*GLK VII*, p. 18): ni Quintiliano ni Gelio lo harían. Es curioso: Varrón sí autorizaba esas *emendationes*, pero tenía plena conciencia de que a cada *poeta* había que entenderlo en su momento (cf. *L. L.* 7, 1 ss.). Escauro es un *semidoctus grammaticus*, palabras de Gelio (15, 9, 6) citadas también por Kaster (*ib.*, n. 4). Más utilitario es aún Caper, cuya obra no es más que una enumeración de errores comunes en los ejercicios escolares: vulgarismos (en muchos de los cuales se observan cambios, sobre todo fonéticos, iguales a los que hoy son considerados también vulgarismos en algunas lenguas romances), como por ejemplo *felicem, non filicem* (*GLK VII*, 106); o hipercorrecciones, como *coturnices, non cocturnices* (*ib.*, p. 108)⁴². La autoridad suprema para todo problema de este tipo es Cicerón.

Contra Collart, estos gramáticos no son recopiladores de *rara*, sino funcionarios de educación (*ni penseurs, ni écrivains*, como dice Pichon). Convenimos con Kaster en que la reducción de la élite que recibe la educación hace que los gramáticos, que están en posesión del saber que se imparte a los alumnos, se vean en una situación de prestigio y privilegio social: surge entre ellos el corporativismo. Esta tendencia continuará durante el s. III, época en la que proliferan los comentaristas de los grandes clásicos: Arruncio Celso estudia a los cómicos y a Virgilio; Acrón comenta a Terencio, Horacio y Persio; Pomponio Porfirión a Horacio y Lucano, por citar algunos. *Enarratores* como éstos contribuyen a asentar la situación de anquilosamiento de la lengua que se aprende⁴³.

En el siglo IV comenzamos a ver definitivamente codificado el latín: en las gramáticas de estos años está enteramente plasmado el *cursus* educativo, paulatinamente más rígido, en paralelo con la lengua que en él se maneja. Pero en las gramáticas de Donato, Carisio y Diomedes existe una novedad: la asunción⁴⁴ de los postulados de la *Τέχνη γραμματική* de Dionisio de Tracia; unían así los antiguos resultados del análisis lingüístico-lógico de los estoi-

⁴⁰ Los títulos de las obras son significativos: sólo se plantea el *recte scribere*.

⁴¹ Cf., p.ej., *GLK VII*, pp. 46-47: se apoya en Terencio para una definición de *littera*.

⁴² Similar este último al error de escribir (y pronunciar) en español «inflación» por «inflación», por poner un ejemplo.

⁴³ A la gramática se dedicaron Julio Romano y Mario Plocio, p.ej. Para constatar la continuidad de las prácticas del siglo anterior basta echar una mirada al capítulo titulado «*de barbarismo*» del *Ars grammatica* del último citado: es una continua tipificación de lo que se debe y no se debe hacer (*GLK VI*, p. 451).

⁴⁴ Según H. ARENS (*La Lingüística*, v. esp. de J. M^a Díaz-Regañón López, vol. I, Madrid, 1972, pp. 51-55), a través de Remmio Palemón. Debe recordarse que *ars grammatica* es un calco del griego *τέχνη γραμματική*.

cos y el literario de los alejandrinos a los preceptos retóricos vigentes desde hacía casi cinco siglos⁴⁵.

Tanto las *Institutiones grammaticae* de Carisio como el *Ars grammatica* de Diomedes son manuales para la lectura e imitación de los modelos. Dan a conocer al principiante la factura y los rudimentos de la lengua para ayudarle a «construir buen latín», con la consabida enumeración de los *uitia uirtutesque*. Carisio ofrece en su libro III diez *uitia* y más de sesenta «adornos» de la expresión (*GLK* I, pp. 2-6); Diomedes habla en su prólogo de los que *deformant examussim normatam orationis integritatem* (*GLK* I, 299). Las soluciones propuestas para los *dubia* se fundamentan a veces en *auctores* como Plauto, Ennio o Pacuvio (*GLK* I, pp. 381-383), que para los principiantes, y aún para los iniciados de esta época debían significar una antigüedad considerable. Pero esos *dubia*, aun abundantes, no implican que Carisio y Diomedes formen parte de una hipotética «gramática de los errores»: son testimonio de que el latín ha codificado su norma. Por eso encontramos parecido entre estos tratados y las gramáticas descriptivas de hoy; y por eso los *elementa grammatices* («partes de la oración», p.ej.) –algo que Quintiliano considera *superuacuum* (1, 4, 22)– pueden aparecer en Carisio unidos a preceptos de la Retórica: lo que en época de Quintiliano servía a la especulación; lo que él mismo autorizaba a conocer someramente, en tanto que proporcionaba una cierta formación erudita, es aquí un medio didáctico.

7. EL CRISTIANISMO

En una línea semejante, aunque algo diferente, está Mario Victorino (entre los ss. IV y V). Cuando escribe su *Ars grammatica* no se había bautizado todavía: conoció las últimas persecuciones y los inicios del dominio del Imperio por parte de los cristianos. Su peculiaridad reside en su formación: trajo a Platón, Aristóteles y Porfirio, lo que le proporcionó una base cultural importante, sobre todo en una época en que el conocimiento y el uso del griego se minimiza en la parte occidental del Imperio.

En su apartado «*de orthographia*» estipula que hay que observar *quem ad modum antiqui scripserint* (*GLK* VI, p. 7; *uid. sup.*, p. 6); y así, destaca la cantidad de los *antiqui* que emplea: Accio, Nigidio Fígulo, Licinio Calvo (conoce, p.ej., el antiguo dativo en *-oi* de los temas en *-o*: *ib.*, p. 12). Victorino era un erudito que quiso elevar el nivel escolar de su época: se nota en el tema de la ortografía, donde intentó encontrar un equilibrio entre lo que en estos años eran claros arcaísmos (*semol* por *simul*: *ib.*, p. 9) y los «vulgarismos» (*secratum* por *sacratum*: *ib.*, p. 10). Ya hemos comentado que estos últimos cada vez se introducían más en la escuela debido a que en ella no se enseñaba a los alumnos la misma lengua que usaban fuera. Al mismo tiem-

⁴⁵ La autoría del Tracio y la época de la *Τέχνη* han sido siempre objeto de controversia. Según A. KEMP [«The *Tekhne Grammatike* of Dionisius Thrax Translated into English», en D. J. TAYLOR (ed.), *o. c.*, pp. 169-189; aquí pp. 169-172], la historia del texto que tenemos –con elementos estoicos y alejandrinos– es muy difícil de desentrañar.

po, Victorino, con su purismo y erudición, es una muestra de la reacción elitista propia del estamento educativo de esta época que Kaster ha postulado (*uid. sup.*, p. 12).

Con el advenimiento del cristianismo, la educación se basará en la lectrura e interpretación de un texto sagrado: la *Biblia* el Libro por excelencia. Pero era prácticamente imposible borrar de la noche a la mañana todo el «plan de estudios» que venía aplicándose, con escasas modificaciones, desde el s. I d.C.; y además, no convenía. Así, los alumnos de estos años tienen dificultades para comprender a los autores que estudian, en cuanto a su lengua y contexto⁴⁶. Por eso Agroecio (muy citado por Collart), en el inicio de su *Ars de orthographia*, ya en el s. V, declara que quiso completar el tratado de Flavio Caper, *quia nos difficilia putamus quae ille ut facilia neglexit* (GLK VII, pp. 113-114): su obra es una actualización de la de Caper.

Y para terminar de ver que la corrección de errores obedecía siempre a una necesidad, y no tanto a un gusto por las formas raras de la lengua, apelamos al testimonio de Casiodoro, el artífice del programa educativo concreto para las escuelas de la Antigüedad tardía durante el reinado del ostrogodo Teodorico, a caballo entre los siglos V y VI. Realizó una recopilación de doce tratados de ortografía (GLK VII, p. 147), que se reparten a lo largo de todos los siglos de nuestra era hasta su propia época. El prólogo nos da la clave del sentido de su labor: *monachi mei subito clamare coeperunt «quid prodest cognoscere nos uel quae antiqui fecerunt... si quem ad modum ea scribere debemus omnimodis ignoemus?»* (*ib.*, p. 143). La situación que hemos venido apuntando desde el s. IV se agudiza, y la institución educativa, junto con sus contenidos, acaban por anquilosarse definitivamente.

7. CONCLUSIÓN

Por tanto, a excepción de un solo autor, Aulo Gelio, no hemos encontrado ningún *gourmand d'exceptions* de los que habla Collart; y a nuestro modo de ver, Gelio no es un *gourmand d'exceptions* gramaticales, sino más bien un *gourmand* de lo antiguo en general.

Ahora bien, tanto en la época anterior a Quintiliano, más especulativa (fundamentalmente ecléctica, en el caso de Varrón), como a partir del s. I d.C., cuando la Retórica se funde con la Gramática, hemos encontrado siempre un *interés práctico*. En el primer caso, la orientación utilitaria va destinada a proporcionar al latín y a los hablantes del latín (en la *Vrbs*) un acervo cultural capaz de situar al idioma «en el lugar que se merece» teniendo en cuenta la importancia de Roma como potencia hegemónica en casi todo el mundo conocido. En el segundo caso, el interés se canaliza a través de objetivos didácticos: enseñar a componer «buen latín»⁴⁷, cosa que se convertirá

⁴⁶ Hay que precisar que estos problemas al menos en un primer momento, eran debidos más a la propia distancia temporal que los separaba de los autores que estudiaban que al calado de los nuevos valores cristianos.

⁴⁷ Recuérdese que el título de muchos tratados que hemos visto llevan en ellos la palabra *ars*, que puede ser traducida bastante aproximativamente por el castellano «habilidad».

para la institución escolar en una necesidad conforme avanza el tiempo y el número de personas que acceden a ese «buen latín» es menor.

Sí convenimos con el estudioso francés en que los autores de obras como las que hemos examinado en este trabajo –sobre todo a partir del s. II d.C.–, *semblent avoir rédigé des guides d'aurea latinitas pour la lecture efficace du vieux patrimoine littéraire*⁴⁸. Cabría añadir que en el latín que nosotros mismos estudiamos estamos en gran parte condicionados por los métodos y por la concepción del idioma que ellos desarrollaron; esa concepción sirvió de base a los estudiosos de la Edad Media y del Renacimiento, hasta llegar a hoy.

48 O. c., p. 246.